

en un rincón ignorado, una segunda madre que rogaba por ellos al Cielo.

Pues bien, se resignaría á sufrir esta eterna soledad del corazón.

Pero por otra parte, ¿no la había merecido? Esta era la aplicación de la ley inexorable pero justa del talion: « Ojo por ojo, diente por diente. »

¿Con quién había sido ella culpable? Con su padre y su hermano Luis, — pues ya lo llamaba así, — y por lo mismo debía ser castigada por su hermano y por su hija.

Tambaleándose á cada paso que daba, agarrándose á la barandilla de la escalinata para no caer, y con la otra mano extendida en el vacío, como para tentar, pues estaba ciega, y no apercibía los objetos sino á través de un espeso velo de lágrimas, Celina se alejaba lentamente, y Ursula, siguiéndola con la vista, no podía menos de compadecerla, al considerar su sufrimiento.

Miró á Luis para observar en su fisonomía la impresión que su alma experimentaba. El rostro de Luis estaba serio y tranquilo, como el de un hombre que acaba de cumplir un deber penoso, sin debilidad y sin sentimiento.

— Sufre mucho, le dijo Ursula.

Y Luis le respondió, encogiéndose de hombros.

— ¡Comedia!...

Esta palabra era la última herida que recibía Nini Moustache en medio del corazón; pero la desgraciada ni pestañeó, ni hizo el menor movimiento, y ni aun volvió hacia atrás la cabeza, y empezó á bajar los escalones del terrado.

En este mismo instante los empezaba á subir un alegre grupo: la Rozel y Clemente.

— ¿Y bien? le preguntaron los dos al mismo tiempo á Celina.

— ¡Bien! respondió esta con una voz sorda que parecía salir del fondo de un ataúd. Todo está concluido.

— ¡Ah, ah! exclamó alegremente Clemente, ya sabía yo que Luis se portaría bien.

— Entonces, dijo la Rozel, á nosotros nos toca ahora cumplir con nuestro deber.

Y de buen grado ó por fuerza, se apoderaron cada uno de un brazo de Celina, y obligándola á retroceder, la llevaron al terrado.

— ¿Qué queréis, qué exigis todavía de mí? balbuceaba ella toda turbada.

— Lo que queremos, respondió el bizarro platero, es que se haga justicia á todos, y que aquellos que os han maldecido durante largo tiempo, aprendan á amaros de nuevo — de otra manera, se entiende, añadió sonriéndose.

— Lo que queremos, continuó la Rozel con su voz dulce, es que la dicha de nuestra Ursula sea completa, y que conozca en fin, y pueda dar las gracias ella misma á esa prima misteriosa que tantas veces ha bendecido ella en el fondo de su corazón.

— ¡Cómo! Madama Morel... exclamó Ursula.

— Aquí la tienes, respondió la Rozel arrojando á Celina entre sus brazos.

Mientras tanto, Clemente había llamado á parte á Luis y le hablaba seriamente.

— No debemos ser, le decía, mas severos que Dios. Las pruebas que te habíamos impuesto, las has sufrido valerosamente, y ya ves que no te hemos andado regateando ni escatimando la recompensa. Pues bien, sabe y ten entendido que Celina ha sufrido mas que tú, porque era mas culpable. Sabe también que hoy la creemos digna de toda la estimación, de toda la amistad de un hombre honrado.

La recompensa tuya, la que yo te había prometido en nombre de aquellos que me hacen obrar, eran el amor y la felicidad.

La que á ella se le había prometido, era primero tu rehabilitación, por la que ha trabajado así como nosotros, en seguida tu perdón, y por último el afecto de su hermana, de la que se había privado voluntariamente durante tan largo tiempo.

— ¡Qué! Ursula...

— Es la hermana de Celina. Sí, Luis, ¿dejarás tú nuestra obra á medio acabar, tú por quien nosotros hemos hecho tanto, no harás nada por nosotros?

Jacquemin, pensativo, escuchaba esta revelación á la que estaba tan lejos de esperarse; después, sin responder, se fué hacia Ursula y Celina, que con los ojos bajos no se atrevía á levantarlos para mirar á su hermana.

Esta, sobrecogida é intimidada de encontrar su antigua protectora en aquella mujer misma que cinco minutos antes consideraba como una rival, balbuceaba:

— ¡Oh! señora... prima mía... ¿cómo podré manifestaros todo mi agradecimiento?

Luis, tomando la mano de Celina en una de sus manos y la de Ursula en la otra, exclamó con voz dulce:

— Ursula, mi querida esposa, abrazad á Celina vuestra hermana.

¡Oh! ¡qué delicioso era el estar aquel día en el lindo jardincito del Campo de los Rosales!

## XI

### CARTAS DEL REFUGIO.

Desde la adopción de Lillas por el conde de Puysaie, los acontecimientos, aun mas independientes los unos de los otros, parece como que se reúnen y se suceden de manera á apaciguar todas sus penas y calmar todas sus inquietudes.

Húbiérase dicho que una mano invisible y providencial los dirigía, mano misteriosa que hace decir, según el proverbio popular, que « Una dicha no viene nunca sola. »

Desde luego se había encontrado con que el farrago de sus deudas sobre el que apenas había fijado su atención una

sola vez durante el buen tiempo de su indiferencia, se había desmenuzado casi solo.

La mayor parte de estas deudas, es verdad, habían sido contraídas á causa de Nini Moustache, es decir, que M. Gigant, como jefe de esa formidable asociación de que hemos hablado, era el que estaba encargado del reembolso.

Mientras que no se había tratado mas que de arrinconar al conde, había desempeñado esta misión con el mayor encarnizamiento.

Pero hoy que el hombre de negocios veía acercarse el momento en que aquella fortuna reunida á la de Matifay caería en las manos de Aurelia, es decir, en las suyas propias, tenía un interés particular en no malgastarla, haciendo derretirse una parte de ella en los crisoles, mejor dicho, entre las uñas de las gentes de la curia.

Cuanto menores fueran los gastos, tanto mayores serían los beneficios: así es que por este lado, Loredano había encontrado un poco de sosiego.

Las otras deudas eran también considerables; pero con la venta del palacio había mas que lo suficiente para hacer frente á ellas, con la condición necesaria, sin embargo, de que la condesa de Puysaie alzase la hipoteca que tenía sobre él, en garantía de una parte de su dote, y de que, además, el conde hallase un comprador amistoso, y no se viese obligado á recurrir á la venta por justicia.

Este comprador benévolo se presentó espontáneamente bajo la forma de maese Durantin, notario, el mismo que unos meses antes había adquirido, por cuenta de madama Lamouroux, la casita de Nini Moustache.

Sin duda esta madama Lamouroux debía ser una persona muy acaudalada y codiciosa de tener muchas fineas.

Quedaba solo la dificultad del alzamiento de la hipoteca de madama de Puysaie, dificultad que no era pequeña, puesto que el conde, á pesar de todas sus pesquisas, ignoraba absolutamente el paradero de su mujer, ni lo que había sido de ella.

Sucedió pues que una mañana al ir, según acostumbraba, al cuarto de su querida Lillas para abrazarla, al pasar por su cuarto de vestirse vió, sobre la mesa del tocador, un pliego cerrado y sellado.

El cómo se encontraba sobre el mármol de la mesa aquel pliego, ni por donde había venido, fué cosa que no pudo explicárselo.

En su cuarto no había entrado nadie mas que sus dos hijas y su ayuda de cámara.

Habiendo interrogado á Cipriana y á Lillas sobre el particular, ni una ni otra comprendían lo que les preguntaba, y Florencio respondió á su vez, que no sabía absolutamente nada de lo que quería hablar el conde.

Florencio había sido criado en el palacio, y su fidelidad era á toda prueba, de modo que el conde tuvo que conformarse con lo que decía, y creer en sus palabras.

Por otra parte, cuando las noticias son buenas, se aceptan sin gran dificultad, vengán de donde quieran, y aquel pliego, llegado á sus manos de una manera tan extraña, contenía la mejor noticia que pudiese esperar y desear M. de Puysaie.

Contenia, en primer lugar, dos documentos extendidos en forma: uno, el consentimiento de la condesa para el casamiento de Cipriana con el baron Matifay; otro, el alzamiento de la hipoteca de la condesa sobre el palacio.

Después una carta firmada « Hortensia » que decía:

« Loredano, me habeis hecho mucho mal, pero os lo perdono, como deseo que me perdoneis el que yo os he hecho. El mas culpable en todo esto no es ni vos, ni yo, y si me he separado de vos, es porque, á fuerza de dolor, he temido llegar á ser débil algun día, y quiero, tanto por vos, como por mí, como por todos, que no lleguéis á conocer nunca jamás el nombre de ese culpable verdadero.

» Os perdono porque habeis sufrido mucho, y espero que vos me perdonareis también porque os juro que yo no he sufrido menos.

» Sé que necesitais los dos documentos que os envío adjuntos en este pliego. Al abandonar el techo conyugal, he hecho la abdicación de todos mis derechos sobre Cipriana. Decidid de su suerte; pero sabedlo bien, y creedlo lo mismo, porque las voces que salen de la tumba no mienten:

» Cipriana es vuestra hija.

» Todas las tentativas que hagais para volver á verme serán inútiles: ya lo habeis visto, y yo sé todos los vanos esfuerzos que habeis hecho para hallarme. Cesad en ellos, por amor de mí, y tratad de olvidarme. La idea de que me echéis de menos y de que yo sea para vos un motivo de pena, me atormentaría.

» En cuanto á mí, desde el fondo de mi tumba, en donde soy feliz como puede serlo una mujer que se halla separada, por un obstáculo invencible, de todo lo que ella ama, no os pierdo de vista, y mi corazón, mi triste corazón tomará parte en todas vuestras tribulaciones, en todos vuestros deseos, en todas vuestras alegrías.

» Adios; conservad por mí aquel tierno recuerdo que se tiene de las personas que se han querido, y que hace mucho tiempo han muerto.

» HORTENSIA. »

Nadie, así como hemos dicho, había podido revelar á Loredano ni el modo como había sido traída esta carta á la casa, ni menos aun el cómo había sido introducida en la pieza mas íntima de su cuarto. — Cipriana era la única que hubiese podido darle alguna luz acerca de eso, pero una luz bien pálida y bien vaga.

Hubiera podido decirle solamente que ella también, al levantarse, había encontrado un billete en el sitio acostumbrado en que encontraba los de los amigos desconocidos... en el cofrecito de sus joyas.

Pero en este caso, hubiera sido necesario dejarle ver aquel billete, lo cual era imposible.

La carta recibida por Cipriana estaba firmada también por Hortensia, pero tenía algo mas que la del conde, puesto que estaba fechada de un sitio misterioso: *el Refugio*.

Como la del conde, no contenía mas que algunos renglones; pero ¡qué de efusiones maternas, qué de congojas,

qué de sollozos reprimidos no se encerraban en esta corta página que Cipriana cubrió de besos y lágrimas!

» ¡Oh, hija mía! no me juzgues, no me condenes, aguarda y ten confianza.

» Estamos, ya lo sabes, entre manos que son mas poderosas que las nuestras, pero divinamente buenas.

» Me han prometido el salvarte; y yo tengo tanta fé en esta promesa, como si me hubiese sido hecha por Dios mismo. Sí, te salvarán.

» No vayas á creer que yo te hago hoy traicion. Tu padre va á volverte á hablar de ese odioso casamiento con el baron Matifay. El sacrificio es bien cruel, y sin embargo, preciso es obedecer.

» Esto te parecerá sin duda muy extraño, seguramente, y á mí misma tambien me lo parecé. Este casamiento, cuya idea solamente causa nuestra desesperacion, es la via única que te queda para llegar á ser libre y dichosa.

» ¿Por qué? ¿De qué manera? Yo lo ignoro; pero lo creo, puesto que ellos me lo han dicho; ellos que son buenos, que saben todo y que lo pueden todo.»

Por la tarde, en la mesa de familia, Loredano estuvo mucho mas preocupado que los dias precedentes, y apenas prestaba atencion á las graciosas niñerías de Liliás.

De vez en cuanto dirigia al soslayo sus miradas á Cipriana, y esta, que adivinaba bien de lo que queria hablarla, sin necesidad de que él desplegase sus labios, volvía hácia otro lado la vista.

El conde vacilaba. Aquella triple y solemne afirmacion: «Cipriana es vuestra hija», le hacia titubear en su conviccion contraria.

Así es que se habia resuelto á no imponerle la menor violencia en el caso que manifestase la mas pequeña repugnancia en reanudar el proyecto de union con Matifay.

Es verdad que él habia comprometido su palabra; pero la desaparicion repentina de madama de Puysaie era un obstáculo independiente de su voluntad; y bastábale no decir al baron que habia recibido aquella misma mañana el consentimiento y autorizacion de la condesa tan ardentemente deseados, para no quedar comprometido.

Las cosas podrian quedarse en tal estado hasta que el baron, de su propio movimiento, viniese á decir que renunciaba al casamiento y á retirar su palabra.

Por último, Loredano fué el primero á romper el silencio. — He recibido noticias de vuestra madre, Cipriana.

Cipriana se puso encendida y bajó los ojos. Era menester mentir; hacerse la ignorante, fingir que no sabia nada.

— ¿La volveremos á ver pronto, señor?

— ¡Ah! pobre hija mía; no lo espero. En su carta me habla de tí, de tu casamiento, al que ella no se opone.

Cada vez mas embarazado, Loredano habia cortado estas tres partes de su frase, dejando en cada una de ellas cierto intervalo al pronunciarlas, con el fin de dar lugar á alguna interrupcion que esperaba... pero que esperó en vano.

Cipriana comprendió que habia llegado el momento cri-

tico, é invocando despacito los *amigos desconocidos* á los que obedecía tan animosamente, contestó:

— He prometido obedecer, y obedeceré.

— Pero ¿sin demasiada tristeza? preguntó el conde.

— Sin tristeza.

Loredano se levantó de la mesa con tal precipitacion, que faltó muy poco para que la echase á rodar por tierra con todo lo que contenia, y exclamó:

— Mirad, Cipriana, vos sois un ángel y no mereceis tener un padre como yo. Gracias á este diablejo, continuó tomando á Liliás en sus brazos para acariciarla; gracias á tu abnegacion, todas mis penas quedan olvidadas, y reparadas todas mis faltas. Sí, hijas mías, á vosotras es á quienes yo deberé todo esto, y estad seguras de que jamás lo olvidaré.

Así, ¡vive Dios! yo trabajaré por vosotras y por los vuestros, volveré á ser rico, poderoso, dichoso. Y á propósito, Cipriana, ya sabes que tu primogénito será el heredero de mi dignidad de par, y que llevará mi propio nombre, el de conde de Puysaie; y yo te juro que ese mocito no tendrá que darse mas trabajo que el de nacer, porque á estas horas, en medio de vosotras dos, yo me siento mas fuerte que nunca, y te aseguro que de aquí en adelante tendré siempre á la vista y me acordaré de la divisa de nuestra casa: «*Conquista, y después, guarda.*» (Conquiers, puis aie.)

## XII

### PREPARATIVOS.

Hacia mas de dos meses que el palacio de Monte-Cristo estaba desierto.

Ya no se veian carruajes en sus grandes patios, ni durante la noche se veian tampoco relucir por sus anchas ventanas los inmensos candelabros cuyas numerosas bugías y las de las arañas alumbraban los espaciosos salones con resplandores extraordinarios.

Ya no se oían las alegres canciones llevadas por el viento por entre el follaje de los árboles del parque hasta la calzada, que hacian que los transeúntes, atraídos por la música, se parasen á escuchar, arrimados á las verjas del enrejado.

Las casas, así como los hombres, tienen tambien su destino. Esta, que habia visto reunido en sus lujosos salones á todo el París dichoso, á todo ese París que ríe, que ama, tenia en aquella hora el lúgubre aspecto de una tumba.

Al retirarse la condesa de Monte-Cristo, la vida se habia retirado con ella de aquella casa.

El palacio de Monte-Cristo estaba pues cerrado, desierto y sombrío, y los transeúntes, que en horas avanzadas de la noche tenian que pasar por aquel sitio, lo hacian con precaucion, y separándose de sus largas tapias, lugares entera-

mente desiertos y muy propios para ataques nocturnos y emboscadas.

La hermosa y misteriosa propietaria habia desaparecido del mismo modo que habia venido, es decir, de una manera mágica y como por encanto, sin dejar de ella ningun vestigio ni traza.

Sus amigos íntimos, entre ellos M. de la Cruz, decian que estaba viajando de incógnito por Alemania, bien incógnito por cierto debia ser, puesto que ni los periódicos especiales de noticias del gran mundo, ni las Gacetas de las aguas y baños minerales, ni los *Magazines*, en cuyas columnas habiase visto figurar su nombre durante un año, no hablaban ni decian una palabra de ella, ni daban señales de su paso.

En París las impresiones son mas vivas y se manifiestan pronto; pero con la misma facilidad se borran, al paso que en los pueblos de provincia es menester que pasen casi siglos para que ciertos hechos ó personajes se olviden, mientras que en la gran ciudad en donde se vive tan de priesa, bastan algunas semanas para perder el recuerdo.

Al ver aquel palacio cerrado tan silencioso y triste, muchas gentes no sabian que era ese palacio el de la condesa de Monte-Cristo, de quien muchas de ellas, de seguro, habian hablado con envidia.

Ya corria una leyenda sobre aquella habitacion desierta. Decíase que por la noche se veía brillar una luz en el mismo sitio siempre, cuyo resplandor parecia el de un ojo inflamado.

Y que esta luz eterna y fija era el alma de aquella casa muerta.

Pero héte aquí que un dia se abrieron de par en par las grandes puertas del edificio en el que entró un ejército de trabajadores de todas clases y de tapiceros adornistas.

El baron Matifay estaba enamorado, y no encontraba nada que fuese bastante bello para su querida Cipriana. El lujo con que el palacio de Monte-Cristo estaba adornado y amueblado, no le parecia suficiente.

El plan de Aurelia habia salido á medida de su deseo.

Dejándose vencer por las observaciones del coronel Fritz, el baron habia abandonado las obras de construccion que hacia ejecutar en el barrio de la Chaussée-d'Antin, obras que iban con mucha lentitud, segun su impaciencia.

Para arreglar la cuestion del alquiler, el baron se habia abocado con M. José, y este, á su vez, le habia sugerido la idea de que se entendiese con Clemente para el arreglo y direccion de todas las obras que hubiese que ejecutar en el palacio.

Clemente, es verdad, no era mas que joyero; pero no era por eso menos inteligente en todo lo que atañía al arte de la decoracion. Su golpe de vista comprendia inmediatamente las consonancias y disonancias de los colores, y su rica imaginacion sabia apreciar esas mil pequeñeces, perceptibles solamente para los ojos de gusto delicado.

Este antiguo leñador era un gran poeta.

Y poeta en la acepcion mas lata de esta palabra: poeta por instinto. El ruido del viento en las ramas habia sido su

maestro de música; y los contrastes admirables y poderosos de la armonía de los colores le habian enseñado los tonos verdes, azules, rojos y celeste que habia observado en el bosque y en el cielo.

Pintor, músico, poeta, reunia todas las aptitudes. Seguramente, nunca podria sobresalir ni como pintor, ni como músico, ni poeta, porque le faltaba la educacion primaria, y ademas, porque la fuerza intelectual es semejante á la luz, que necesita concentrarse en un punto para que se desarrolle y brille con mayor fuerza.

Pero tal como era, Clemente estaba dotado de una comprension particular y admirable para distinguir y expresar esas mil impresiones casi imperceptibles y difíciles de explicar que forman esa especie de instinto, sin el cual nunca se llega á ser artista.

Así fué que el baron Matifay habia elegido á Clemente para dirigir todas las obras de adorno y embellecimiento del palacio.

De una cosa á otra, y de detalle en detalle, todo se fué cambiando, poco á poco, en aquella morada rica y adornada ya como la de una reina.

Una sola parte quedó tal como estaba, y se respetó por órden expresa de Cipriana, el invernáculo de las flores, y el pabellon contiguo que la condesa se habia reservado expresamente en el convenio del arriendo.

Desde la mañana hasta la noche, no hacia mas que subir, bajar, volver á subir, ir y venir por todas partes con una actividad extraordinaria é incansable. Habia tomado por puntillo de honor que todo fuese maravilloso, delicado y del mas refinado y exquisito gusto.

No se clavaba un solo clavo sin que no hubiese indicado él antes el sitio, ni se extendía una alfombra ó una colgadura, sin haber estudiado de antemano y casado bien los colores y dibujos.

Se habia encargado mas particularmente, y con un cuidado especial, del adorno y arreglo de los cuartos del baron y de Cipriana.

Inventó y arregló para esta un verdadero nido de curruca, forrado de terciopelo y raso: lindo como una caja de dulces de aguinaldo; la habitacion verdaderamente de una hada.

En cuanto al cuarto del baron, separado del de su desposada por un largo corredor oscuro, y amueblado con severos muebles de encina y con alfombras de los Gobelinos, no tuvo que hacer Clemente muchos esfuerzos de imaginacion para su arreglo.

El mobiliario era poco mas ó menos igual al que se veía por todas partes: una cama con columnas retorcidas cubierta por un dosel, una gran mesa de encina, colgaduras alfombradas y sillones á lo Luis XIII, forrados del mismo modo, y en fin, en frente de la chimenea, guarnecida en su meseta con algunos bronceos de mérito pero severos, una mesa-consola sobre la que parecia apoyarse un enorme espejo.

Sin embargo, este cuarto adornado de una manera tan vulgar aunque lujosa, era el que parecia haber ocupado mas la atencion de Clemente.